La

Calle de la Montera.

Serra

LA CALLE DE LA MONTERA.

LA CALLE DE LA MONTERA,

comedia en tres actos y en verso,

ORIGINAL

DE DON NARCISO S. SERRA.

Representada en el teatro del Circo, á beneficio del primer actor D. Julian Romea.



MADRID:

IMPRENTA DE LUIS GARCÍA, CALLE DE SAN BARTOLOMÉ, NÚM. 4.

1859.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISIDORA.	D.ª Josefa Hijosa.
D.ª ANA.	D.ª Clotilde Mateo.
D.ª LIBRADA.	D.ª Felipa Orgaz.
BEATRIZ.	D.ª Encarnacion Campos.
EL ALCALDE CANTILLANA.	D. Julian Romea.
D. ANDRES.	D. Florencio Romea.
PINZORRO.	D. Mariano Fernandez.
D. MIGUEL.	D. Victorino Tamayo.
D. GASPAR.	D. José García.
OCTAVIO.	D. Gregorio Lavalle.

Criados, Alguaciles.

En Madrid, reinando D. Felipe III.

Acto 1.º Calle de la Montera; á la derecha, en primer término, la casa de Isidora, con puerta y balcon practicables.—Medio oscuro.

Actos 2.º y 3.º Casa habitacion de Isidora; dos puertas con llave, y balcon practicable á cado lado; puerta al foro.—Luz en la escena.

DOS PALABRAS.

Mi distinguido amigo el eminente literato y reputado escritor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, díjome una noche, hallándonos juntos en un palco del teatro de Jovellanos:

Amigo Serra, ¿por qué no hace V. una comedia de la calle de la Montera?

—Porque no sé nada de esa calle, Sr. D. Juan.

—Esa calle *tomó su nombre de la mujer de un montero, muy hermosa, que vivió en ella*: esto es lo único que yo sé.....

—Pues basta y sobra, Sr. D. Juan, que yo me inventaré el resto.

—Pues Dios le ayude, Sr. D. Narciso.

—Pues muchas gracias, Sr. D. Juan.

Ni he consultado mas datos, ni he pedido mas noticias, á escepcion de las palabras subrayadas; todo lo demas es puramente invencion mia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

OCTAVIO, *al balcon*. DOÑA ANA Y BEATRIZ, *en la calle*.

ANA. A mi sá doña Isidora
que yo la beso las manos,
que vine á darle compañía
para ir juntas al rosario,
y que en servirla y en verla
huélgome mucho y mas gano:
que por amiga y vecina
disponga de cuanto valgo:
que si quiere que la lleve
á ver el soto ó el prado,
ó de mis estantes gusta
elegir un libro santo
con que matar soledades
y dar fortaleza al ánimo,
que mande; pues mas me obliga,
cuanto mas deje mandado.
Dios os guarde.

OCTAVIO. Guárdeos Dios. (*Cierra el balcon.*)

ESCENA II.

BEATRIZ. DOÑA ANA.

BEATRIZ. En verdad, señora, estraño
cómo haceis tantas finezas
á esa dama, pues es claro
que en despegos solamente
os paga vuestros halagos.
Ni sus desdichas son nada
ni su sentimiento es magno;

y á deciros mi sentir,
moza de tan lindo palmo,
recien viuda de un buen viejo,
aunque lleve negros paños
en el cuerpo, quizá viste
el alma de colorado.
No sé por qué os interesa.....

ANA. Me interesa tanto, tanto,
que por interés la sirvo
con un interés muy alto.
Escucha y sabrás por qué
á las veces me rebajo:
que el sugeto y el motivo
me disculparán entrambos.
En la docta Salamanca,
hoy cuna de tantos sábios,
agraciada, segun dicen,
nací de padres honrados.
Criábanme para monja,
por tener derecho á un hábito
para hembra, ó capellanía
para varon, mis finados
parientes; pero jamás
tuve vocacion de claustro,
pues desde niña sentia
dentro del pecho dar saltos
á un corazon no nacido
para vivir solitario.
Llegada al tercero lustro,
fuertes mis padres me instaron
para que tomase el velo;
mas pidió entonces mi mano,
sin pedir dote, el difunto
doctor Perez de Barbastro
(que, doctor de ambos derechos,
era de ambas piernas zambo),
y doctor viejo y torcido
llevóme inocente al tálamo.
Sin amor, mas con paciencia,
soporté mi catedrático,
hasta que en tocas las galas
por su muerte se trocaron.
Libre y rica, pensé entonces
que mi destino cansado
de sus rigores cesara;

¡poco me duró el engaño!
Amigo de don Andrés
(que es deudo mio cercano),
discípulo del difunto,
un estudiante gallardo
hizo conmigo partidas
que no reza Alfonso el Sábio.
Don Andrés, que de mi casa
quiso obtener el curato,
por esa dama de en frente
perdió vocacion y sayo.
Ella dejó á Salamanca,
porque en Madrid la casaron,
y enviudó el dia de bodas
dando así á don Andrés pábulo
á que viniese tras ella:
mi hermoso estudiante, ingrato,
vino á la córte tambien
á lograr no sé qué pasos.
Yo tras él, y ya en Madrid,
mi primo y yo hicimos pacto,
puesto que nos vá la vida,
de servirnos y ayudarnos.
Por eso á esa dama veo
y de don Andrés la hablo,
y entre tanto don Andrés
corre la córte, buscando
el Eneas de esta Dido,
de esta pobre yedra el árbol.
Con adularla la obligo,
con espiarla la halago.
Él por mi interés trabaja,
yo por su interés trabajo,
que mal pagados amores
siempre han sido interesados.

BEATRIZ. Siendo asi, ya lo comprendo;
porque cuando deseamos
ser primeras, nos fingimos
terceras de otro cuidado,
que aunque el amor sea ajeno,
siempre es amor, y le amamos.
Mas vamos, si es que os parece,
hácia las gradas, y acaso
la hallemos en el camino
si el sermon no ha sido largo.

ANA. Sí, que quiero ver si logro
se huelgue un dia en el campo,
y decir á don Andrés
que tiene ocasion de hablarnos.
Vamos, pues.

ESCENA III.

Dichas. D. ANDRÉS.

ANDRÉS. Prima y señora.....
ANA. Seais, don Andrés, bien hallado.
ANDRÉS. ¿Cómo puedo hallarme bien,
si por todas partes hallo
dichosos á quien envidio,
tristes á quien me comparo?
ANA. Pues comparaos conmigo,
don Andrés, que ni aun alcanzo
la dicha de ver el rostro
por que está el alma penando.
ANDRÉS. Al menos fuísteis amada
otro tiempo, y esos ratos
dejan siempre unos recuerdos
tan dulces.....
ANA. O tan amargos.
ANDRÉS. ¡Mas yo que, teniendo gula
de amor, no probé bocado,
y quiero hacerme marido,
cuando debiera ser diácono!
¿Vísteis á Isidora?
ANA. Hoy
salió al templo muy temprano.
¿Vísteis á mi infiel?
ANDRÉS. Aun no;
como que ignoro su estado,
no sé dónde dirigirme.
Solo por Miguel el Bravo
se le llama en Salamanca;
pero en esta córte hay tantos.....
no he podido dar con él;
y eso que ya he frecuentado
los corrillos de mas fuste,
las tabernas de mas gasto,
los valientes de mas punto,
las busconas de mas manto,
las trongas de menos toca

y las madres de mas garfio.

ANA. ¿Y allí habeis de hallarlo?

ANDRES. Allí,
ó ha de hallarse tan cambiado,
que, si á Salamanca vuelve,
le tomarán por estraño.

ANA. ¡Ay desventurado amor,
en qué sugeto tan bajo
pusiste tu voluntad!

ANDRES. ¡Ay amor desventurado,
que la voluntad pusiste
en un sugeto tan alto!

ANA. Haced que venís sirviéndome,
y quizá la hableis al paso:
yo la hago buenas entrañas.

ANDRES. Hacer entrañas y bazo
no es como hacer corazones,
que es lo que á mí me hace al caso.

ANA. Nos guia amor.

ANDRES. Por lo mismo
nos romperemos los cascos.
Quien elige un guia ciego,
no estrañe los esquinazos. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

PINZORRO. GASPAR.

GASPAR. ¡Pinzorro!

PINZORRO. Lo dicho, dicho;
nadie ha de rondar: no en balde
pasé de alguacil á alcalde.
Cúrele Dios el capricho.

GASPAR. Seis ducados.

PINZORRO. Ni seis mil:
no ha de ponerse á salario
todo un alcalde ordinario
lo mismo que un alguacil.

GASPAR. Que eres orgulloso creo.

PINZORRO. Cuando era alguacil tomé;
mas hoy soy alcalde, y sé
lo que se debe á mi empleo.
Si esa dama os vuelve el juicio
por lo rica y por lo bella,
y quereis casar con ella,
casaos sin mi perjuicio.
Pues por vos no tengo gana

de que la tome conmigo
y haga un ejemplar castigo
el alcalde Cantillana.
Que entre los de casa y córte
es el mas astuto y fiero,
y os digo esto, caballero,
porque tal vez os importe.
A vos os tentó el demonio
con trongas, juego y bebida:
quereis la hacienda perdida
cobrar por un matrimonio.
Las forasteras buscais,
porque de sobra sabeis
que nombre en Madrid teneis
del mal humor que gastais.
Alguacil, os ayudé;
hoy soy alcalde, y no puedo.
Por mí y por vos tengo miedo.

GASPAR. ¿De Cantillana?

PINZORRO. Sí á fé,
que habla con sobrada holgura,
y á veces parece loco;
pero sondándole un poco
es malicia su locura.
Que es el diablo con golilla:
para él no hay valor ni dolo,
y es capaz de llenar solo
toda la cárcel de Villa.

GASPAR. ¿Conque me abandonas?

PINZORRO. Sí.

GASPAR. ¿No aceptas nada?

PINZORRO. No puedo.

GASPAR. Está bien; no tengo miedo
ni á Cantillana ni á tí.
Aquí tengo de rondar,
porque así es mi conveniencia.
Si se trabará pendencia,
búscame y tira á matar,
porque si entoces me acuerdo
de tu ingratitud.....

PINZORRO. Haré
lo que decís, y traeré
armado el costado izquierdo.

GASPAR. A eso que me dices.....

PINZORRO. Vos

pudiérais añadir algo.
Guárdele Dios al hidalgo.

GASPAR. Guárdele al alcalde Dios.
(Recien alcalde insensato,
sobrado la pulla entiendo.....)
(*Váse por la izquierda.*)

PINZORRO. Hago muy bien si le prendo,
y hago mejor si le mato.

ESCENA V.

PINZORRO. CANTILLANA, *por la derecha.*

PINZORRO. Valiente que la atencion
llama del contrario, para,
cuando aquel vuelve la cara,
herirle en el corazon,
ataja mucho camino
para ir á dar con el juez.....

CANTILLANA. Y se le ahorca, porque en vez
de valiente es asesino.

PINZORRO. ¡Señor alcalde, usiría
(me entra, en viéndole, cuartana)
estaba aquí! No sabia.....

CANTILLANA. ¿No oyes decir cada dia
el diablo anda en Cantillana?
Pues Cantillana soy yo;
el diablo conmigo vá,
y aquellos que coge.....

PINZORRO. ¡Ah!

CANTILLANA. No vuelven al mundo.

PINZORRO. ¿No?

CANTILLANA. Se van al infierno.

PINZORRO. Ya.

CANTILLANA. Para que sus cuentas salde
la gente de mal obrar,
el rey pidió á Dios, no en balde,
que le prestase á su alcalde
un diablo por auxiliar.
Y ¡ay del que se avecindó
en la córte y cumple infiel
con lo que la ley mandó!
Somos cuatro contra él:
Dios, el rey, el diablo y yo.
¿Con quién hablabas?

PINZORRO. Con mil
recuerdos de mis pecados
y mi vida ministril.

CANTILLANA. Siempre fueron hermanados
lo pecado y lo alguacil.
Y pecador mas travieso
que tú, nunca alguaciló
en Madrid, te lo confieso.
Precisamente por eso
Alcalde te nombré yo.
De la gente pendenciera
de capeo y de garduña
tú has de ser hacha y hoguera:
que siempre la peor cuña
es de la misma madera.

PINZORRO. Un bien que á muchos reporte
me haceis, al par que un honor,
señor alcalde de córte.

CANTILLANA. Vamos ahora á lo que importe,
Señor alcalde menor.
Vuesa merced me responda:
¿por qué con tanta porfía,
con insistencia tan honda,
pidiendo estais noche y dia
mas gente para la ronda?
¿Qué trama aquí se complica,
porque tanta gente ande
con ballesta, espada y pica?....
¿Qué hace una ronda tan grande
en una calle tan chica?
Poco há que es córte Madrid;
y está igual que debió estar
allá en los tiempos del Cid.....
mas plúgole al rey dejar
al viejo Valladolid.
Y á mí por ser el golilla
que en el indagar mas brilla,
dióme el encargo el rey mismo
de estender fé de bautismo
á las calles de esta villa.
Paso abriendo á un callejon,
derrumbando unas paredes
que causa de un pleito son,
la dí nombre, y con razon,
de calle de *Sal si puedes*.

«Felipe es el rey mayor;
»Madrid su córte, y en ella
»la mayor y la mas bella
»calle, la calle Mayor.
»¿Luego ha sido justa ley
»la calle Mayor llamar
»á la mayor del lugar
»que aposente el mayor rey?» (1).
Y esta calle no reclama
mi atencion.....

PINZORRO. La mereciera;
que tiene sobrada fama,
y todo Madrid la llama
la calle de la Montera.

CANTILLANA. ¿Vive en ella algun gorrero
que en el oficio descuella?

PINZORRO. No, señor, que vive en ella
una mujer, la mas bella
que casó con un montero.....

CANTILLANA. ¿Un montero?

PINZORRO. De Espinosa:
ella niña y él machucho;
él con caudal, y ella hermosa;
él con el rey privó mucho,
y la logró por esposa.
Es una historia notoria
la historia de esa mujer
y el montero que esté en gloria,
y tiene mucho que ver
conmigo.

CANTILLANA. Cuenta la historia.

PINZORRO. Pues, señor, yo no sé cuándo
el montero Villafranca,
en Valladolid estando
la córte, tal vez cazando,
dió consigo en Salamanca.
Nunca á Salamanca fuera.
Vió una labradora un dia,
y hallóla tan hechicera,
que, aunque montera tenia,
quiso él darla otra montera.
Habló al padre, un hombre rudo
y tan noble como bravo,

(1) Alarcon. *Mudarse por mejorarse.*

mas de caudal tan desnudo,
que cuelga en el mismo clavo
el azadon y el escudo.
Dió el rey Felipe tercero
licencia de desposados;
el padre cedió al dinero,
y por no sé qué ducados,
juntóse abril con enero.
Y con esto concluyera
sin tener mas incidentes
la historia de la Montera,
si el rey á cazar no fuera
cuando le viniese en mientes.
Pero Felipe tercero
caballos previno y coche
en una noche de enero:
precisamente en la noche
que se casaba el montero.
Tuvo que irse adelantando,
y hácia el puente de Segovia
salió con gesto endiablado,
para buscar un venado,
dejándose atrás la novia.
Pero el venado no vino,
y la noche era lluviosa,
y cumpliendo su destino,
la pasó bajo un espino
el montero de Espinosa.
Y aquel techo de follaje
en vez del dorado techo;
y en vez de mujer, ramaje.....
dióle todo tal despecho,
que reventó de coraje.

CANTILLANA. ¿Se murió?

PINZORRO. De todo punto;
mas dejóla su caudal,
que es lo mejor del asunto.
Tuvo novio carcamal,
y halló marido difunto.
Jóven, noble, rica y bella,
y á par que viuda, doncella,
escita tanto el deseo,
que no hay galan sin empleo
que aquí no ronde por ella.
Y ni una noche acontece

tener mis gentes paradas,
ni andar sin que me tropiecen
músicos y cuchilladas,
hasta que Dios amanece.
Acorro un herido aquí,
y cuando la esquina gano,
sale de la esquina un sano
y arremete contra mí
espada y broquel en mano.
Allá un valiente bravea,
aca un trovador vocea,
y en tan triste desconcierto,
saco de cada pelea
un alguacil medio muerto.
Esto á usiría le esplica
que yo mas fuerza demande,
y que con espada y pica
quiera una ronda mas grande
para una calle tan chica.
Que si usiria se viera
aquí de alcalde menor,
al de córte le dijera.....
¡es mucha calle, señor,
la calle de la Montera!

CANTILLANA. ¿Es jóven?

PINZORRO. Mucho.

CANTILLANA. ¿Muy bella?

PINZORRO. Mas que bella, encantadora.

CANTILLANA. ¿Trujo familia con ella?

PINZORRO. No.

CANTILLANA. ¿Cuál es su casa?

PINZORRO. Aquella.

CANTILLANA. ¿Cuál es su nombre?

PINZORRO. Isidora.

CANTILLANA. ¿Llora al difunto?

PINZORRO. Le acata;
cera, limosnas y plata
dió de preces por tributo,
y trocó en sargas de luto
el faldellin de escarlata.
Porque el padre de Isidora,
aunque noble, es labrador,
y ella que en la córte mora,
dice que le honra mejor
vistiendo de labradora.

CANTILLANA. ¡Es decir, que hasta su traje
fija las miradas!....
PINZORRO. Sí.
CANTILLANA. Pues ese es un nuevo ultraje,
y usa adrede ese ropaje
para burlarse de mí.
PINZORRO. ¿De usiría?
CANTILLANA. No, que no.
¡Conque porque ella nació
con buena cara y buen talle,
tiene al dar nombre á una calle
mas autoridad que yo!
¡Conque porque su gracejo
hace que se estén rajando
los galanes el pellejo,
aumenta las rondas, dando
nuevos gastos al concejo!
¡Conque porque se la humille
tanta alma de amor enferma,
hace que la moral chille,
que la ronda se acuchille
y la vecindad no duerma!
Me empeño en que esto concluya,
para que no se me arguya
de no cumplir con la ley;
¿quién llama á una calle suya
cuando son todas del rey?
Esta, á trecho corto ó largo,
tendrá el nombre que yo quiera,
y no otro.
PINZORRO. Pues sin embargo.....
CANTILLANA. El rey me dió á mí el encargo:
no se lo dió á la Montera:
ninguno me hará que ceje;
yo corto el mal por la base,
y quéjese quien se queje.
Que se aleje ó que se case.
PINZORRO. Que se case ó que se aleje.
CANTILLANA. Justamente lo primero
es lo menos divertido;
lo segundo es mas certero:
á una mujer, un marido:
á una montera, un sombrero.
Yo la hablaré, y la hablaré
en justicia y sin empacho.

¿Qué hay de Miguel? (*Con interés.*)

PINZORRO. Nada sé.

CANTILLANA. Te juro, no se por qué,
que me inquieta ese muchacho.
¡Válgate Dios por sobrino!
De Salamanca se vino,
y la fiebre intensa y fuerte
púsole casi á la muerte.....
tal vez el sol y el camino.
De repente cura y sana,
y cobra su cuerpo el brío
de la juventud lozana,
y yá no le vé su tio
de noche ni de mañana.
Y no me pesa, á fé mia,
ver que mi hacienda derrocha
si eso le dá la alegría;
es que hace la noche dia,
es que de noche trasnocha.
Por eso te encargué á tí
averiguar su escondrijo.

PINZORRO. ¿Quereis castigarle?

CANTILLANA. Sí.....
Si le quiero como á un hijo,
¿qué le he de hacer, pese á mí?
¡Temí que se me muriera,
y me sacaba de tino
el dolor de una manera.....!
Valga un diablo á la Montera
y otro diablo á mi sobrino.
Rondemos yá que aquí estamos,
y á ver si ocurre algo nuevo,
que sobrado tiempo hablamos
de la dama y el mancebo.

PINZORRO. Detrás de usiría.....

CANTILLANA. Vamos.

PINZORRO. Es el puesto de usiría.

CANTILLANA. ¿Tu gente?

PINZORRO. A la vuelta está
en aquella hostalería.

ESCENA VI.

Dichos. D. GASPAR.

GASPAR. ¿Pinzorro, rondo?

PINZORRO. Será.

cuenta vuestra.

GASPAR. Cuenta mia.....

PINZORRO. Pues cuidad de que mañana
no os guarden donde yo sé,
si os sale la empresa vana.....

GASPAR. ¿Por qué lo dices?

PINZORRO. Porque
el diablo anda en Cantillana.

ESCENA VII.

D. GASPAR.

La dama es de mucho porte,
y D. Gaspar no abandona
lo que se fijó por norte,
aunque rondes en persona,
alcalde de casa y córte.
Belleza tiene y caudal,
y es niña, y es principal:
si es que el peligro la obliga,
yo he de rondarla, y que diga
lo que quiera el concejal. (*Váse hácia arriba.*)

ESCENA VIII.

ISIDORA. ANA. LIBRADA. BEATRIZ. D. ANDRÉS.

ANA. Pues como digo, vecina,
es deudo mio, y es
noble por los cuatro lados;
jóven, y no de mal ver.
Su tio, honrando las armas,
murió lidiando en Argel,
y á su tia, superiora
de un convento de Jerez
por influencia de un obispo
que nos toca algo tambien,
en el concilio primero
la canonizan de fé,
y el emparentar con santos
es una dicha.

ANDRÉS. Lo sé;
y pues su mision divina
es rogar é interceder
por nosotros pecadores,
en siendo parientes..... ¡pues!

ANA. Esto ya es algo. (*Aparte á Andrés.*)
ANDRÉS. Es muy poco.
(*Aparte á Ana.*)
ISIDORA. (¡Oh qué cansada mujer!)
Doña Ana, yo os agradezco
vuestro celoso interés;
pero dejad que se pasen
los lutos de la viudez;
no ateis la triste salmodia
al alegre cascabel.
Rezando por mi difunto,
me hallásteis en San Ginés,
y aun antes que de sus gradas
pudiera sacar el pié,
la casa pedís del muerto,
solicitando alquiler.
Por amor de Dios, vecina.....
¿soy yo subasta de juez,
que ha de rematarse hoy
porque cumplió el plazo ayer?
Dejémoslo al tiempo todo;
que ya una vez me casé,
y antes que otra vez me case
he de pensarlo muy bien.
Y adios, que esta es vuestra casa.
ANA. No, sino vuestra lo es,
y honra mucho á quien la vive
el que alguna vez la honreis.
Paisanas somos las dos;
la córte es una Babel,
y una á otra nos debemos
compañía. Don Andrés.....
hasta su puerta servidla.
ANDRÉS. Con alma y vida.
ANA. Ya veis
que yo hago mas que debiera;
buscad vos á don Miguel.

ESCENA IX.

ISIDORA. LIBRADA. ANDRÉS.

ISIDORA. Aprieta el paso, Librada,
que ese hombre hablando es cruel.
ANDRÉS. Señora, dice el apóstol

San Pablo, que el hombre es
gloria de Dios que le hizo;
pero que el hombre tambien
tiene su gloria en la tierra,
y esa gloria es la mujer.
Desde que leí á San Pablo
el apóstol, y os miré,
escepto el ayuno, en todo
estoy conforme con él.
Cómoda capellanía
de sangre, por vos dejé,
y el báculo por el vínculo
quiero trocar esta vez.
Quizá mi mayor pecado
por vos, señora, pequé;
pues al saber que el Montero,
que goce de Dios, amen,
se marchó á gozar de Dios,
francamente, me alegré.
Boda quiero y no cogulla;
en mí un esclavo teneis,
y pegado á vuestra sombra
adonde vayais iré.

ISIDORA. Mirad bien lo que decís,
y mirad mas lo que haceis;
¿quereis mi opinion en lenguas
y me quereis por mujer?
O poco apreciais la vuestra,
ó no reparais tal vez
que en el cristal de mi honra
ninguna sombra está bien.

ANDRÉS. Mas el buen fin.....

ISIDORA. Mal principio
buen fin no puede tener.

ANDRÉS. Quien insiste obliga.

ISIDORA. O cansa.

ANDRÉS. ¿Teneis corazon?

ISIDORA. Sí á fe.

ANDRÉS. ¿Sabeis qué es amor?.....

ISIDORA. Cumplí
veinte años antes de ayer.

ANDRÉS. ¿Sabeis que llega hasta el alma?

ISIDORA. Llega á su casa que es.

ANDRÉS. Y ya en el alma.....

ISIDORA. ¿Qué hace?

ANDRÉS. Se hace dueño.
ISIDORA. Hace muy bien.
ANDRÉS. La da muerte.
ISIDORA. La da vida.
ANDRÉS. ¡El cruel!.....
ISIDORA. Nunca es cruel.
ANDRÉS. Cuando no le quieren, sí.
ISIDORA. Nunca menos.
ANDRÉS. ¿Cómo qué?
ISIDORA. Amor que es amor, opone
al agravio la merced.
El amar á quien nos ama
solo un cambio de amor es;
no quiere bien quien no sabe
querer por solo querer.
ANDRÉS. Mi derecho al amor.....
ISIDORA. Paso;
veis el derecho al revés,
y veo que tarde ó nunca
nos podremos entender.
ANDRÉS. ¿Eso decís?
ISIDORA. Eso digo.
ANDRÉS. Lo del tiempo, al tiempo.....
ISIDORA. ¿Qué?.....
ANDRÉS. Fue una esperanza.
ISIDORA. Esperad
todo el tiempo que gusteis,
y adios.
ANDRÉS. ¿Os enojo?
ISIDORA. No.
ANDRÉS. ¿Pero os molesto?
ISIDORA. Tal vez.
ANDRÉS. Plegue á Dios ingrata, fiera,
que te veas cual me ves,
muerta: yo ya estoy difunto.
Muerto voy.
LIBRADA. ¿Vais muerto?
ANDRÉS. ¡Ten!
Sé mi heredera.
LIBRADA. Requiescat (*Guarda la bolsa*)
impace. Rezo por él.

ESCENA X.

ISIDORA. LIBRADA.

ISIDORA. ¿Has visto nécio mas nécio,
Librada?
LIBRADA. ¡Ay! Bien se vé
que eres forastera aquí.
Vivimos en un cuartel
en que los nécios pululan
andando de tres en tres,
y en esa Puerta del Sol
á veces le toman cien.

ESCENA XI.

Dichas. CANTILLANA. PINZORRO.

ISIDORA. (Vamos á casa.)
CANTILLANA. Es aquella;
llégome á hablarla.

ESCENA XII.

Dichos. GASPAR, *foro.*

PINZORRO. Otra vez.....
Que el diablo anda en Cantillana,
don Gaspar.
GASPAR. Pues volveré.
Yo soy jóven, y es muy viejo
para trasnochar Luzbel. (*Vase por la izquierda.*)
CANTILLANA. ¡Espérame en la calleja! (*A Pinzorro.*)
Teneos, señora.
ISIDORA. ¿Quién?

ESCENA XIII.

CANTILLANA. ISIDORA. LIBRADA, *al paño.* MIGUEL, *derecha.*

MIGUEL. Hoy he de hablarla..... ¡Qué veo!
CANTILLANA. Retirad la dueña, pues
á solas tengo que hablaros
por vuestro bien.
ISIDORA. ¿Por mi bien?
CANTILLANA. Y el del rey.
ISIDORA. Librada, aguarda

en casa. Dios guarde al rey
muchos años.

CANTILLANA. Así sea.

ISIDORA. Pero permitidme.....

CANTILLANA. ¡El qué!.....

ISIDORA. El estrañar que conmigo
tenga el monarca que ver.

CANTILLANA. El rey á la ley ampara,
doña Isidora, y la ley,
tiene los ojos de lince;
todo lo escudriña y vé;
no es ciega como el amor,
ni es imbécil como él.
Al grano, y estadme atenta.

ISIDORA. Os escucho.

MIGUEL. (¡Esperaré!)

CANTILLANA. Yo soy alcalde de casa
y córte, doña Isidora,
y desde que estais, señora,
en Madrid, no sé qué pasa.
Cuando vos vinísteis, vino
mi sobrino, y juro á Dios
que entre mi sobrino y vos,
haceisme perder el tino.

ISIDORA. Mas yo de eso..... ni siquiera
le conozco.

CANTILLANA. Bien, señora;
tratemos de vos ahora.
¿Por qué os llaman la Montera?

ISIDORA. No sé; porque así han querido;
pero no es cosa que asombre,
dar á la mujer por nombre
el oficio del marido.
Añeja costumbre es esa,
y no la encuentro enojosa
para nadie; á vuestra esposa
la llamarán la Alcaldesa.

CANTILLANA. Yo jamás tuve cariño,
ni me casé jamás.

ISIDORA. ¿No?

CANTILLANA. No, señora, porque yo
era alcalde desde niño.

ISIDORA. No es eso hablar con cordura,
ni es la justicia tan rara,
que emprenda por tener vara

á palos con la hermosura.
Amor es tributo justo
al par que dulce delicia,
y os veo, señor justicia,
ser con la justicia injusto.

CANTILLANA. Seré, volviendo á tomar
el hilo..... (estoy intranquilo:
no puedo tomar el hilo.....
¡cosa mas particular!)
Señora, vuestro gracejo,
vuestra cara y vuestro talle
han dado nombre á esta calle
sin permiso del concejo.
Llámela yo como quiera,
ya tiene sobrada fama,
y todo Madrid la llama
la calle de la Montera.
¿No sois la Montera?

ISIDORA. Sí.
¿Mas puse yo el nombre?

CANTILLANA. No.

ISIDORA. Pues si en nada pequé yo,
¿de qué me culpais á mí?
Pensadlo, alcalde, con pausa.

CANTILLANA. Sois la causa, y mi proyecto
es atajar el efecto,
haciendo cesar la causa;
porque tanto galan vá
buscando en vos su acomodo.
Más guerra que Madrid todo
esta calleja me dá;
la vecindad, con razon,
de tanta ronda se queja,
y esto, señora, no deja
de influir en la opinion.
¡Dadme algun medio oportuno
para no estar siempre asi!

ISIDORA. Un medio.....

CANTILLANA. Señora, á mí
me habia ocurrido uno:
casaos; debeislo hacer.

ISIDORA. ¿Y eso decís, vos, señor?

CANTILLANA. Un marido es el mejor
alcalde de su mujer.

ISIDORA. Pensaré á espacio el consejo.

Ya una vez casada he sido.....
tocóme viejo marido....

CANTILLANA. Es verdad, era muy viejo.

ISIDORA. ¿Le conocíais?

CANTILLANA. Sí, á fé
de Cantillana; nació
el mismo dia que yo.

ISIDORA. ¿Sois vos Cantillana?

CANTILLANA. ¿Y qué.....
habeis oido hablar de mí?

ISIDORA. Cosas raras.

CANTILLANA. ¡Bien, por Dios!

ISIDORA. Dicen que el diablo anda en vos.

CANTILLANA. Señora, pienso que sí.

ISIDORA. Pues pongo la cruz, y os dejo.

CANTILLANA. ¿Qué haceis?

ISIDORA. Esquivar la riña.

CANTILLANA. (Pero, señor, ¡si es tan niña!)

ISIDORA. (Pero, señor, ¡si es tan viejo!).....

CANTILLANA. Yo por el sosiego os ruego
De Madrid, que pongais tasa.....

ISIDORA. Si Madrid dejo y mi casa,
Madrid no pierde el sosiego.
Pleitos y cuentas tenia
mi esposo en algunas rentas;
mas ya arregladas las cuentas
de su testamentaría,
ni estar en la córte quiero:
no es para hembras de mi porte.
La córte huele á la córte,
y el campo huele á romero.
En estas calles estrechas
no corren tanto las niñas
como en las ricas campiñas,
que á veces dan dos cosechas.
Por las rosas y azucenas
cuento allí mis alegrías,
y son mas claros los dias,
y las tardes mas serenas.
Allí me quiero marchar;
allí respiro mejor,
porque allí tengo, señor,
mas aire que respirar.

CANTILLANA. ¿Conque os vais?

ISIDORA. Si no me fuera,

vos me echariais de aquí.

CANTILLANA. ¡Yo! (¿Qué se me importa á mí
que se vaya la Montera?)

ISIDORA. Aqui estoy sola.

CANTILLANA. Eso no;
si algun peligro correis,
en mí un valedor teneis,
y no valgo poco yo..... (*Pausa.*)
Decidme: en vuestro lugar,
antes de casada..... acaso.....
es decir.....

ISIDORA. Alcalde, paso,
que eso es mucho preguntar.
¡Ay! poneis un entrecejo,
que la cara os desaliña.

CANTILLANA. (Pero, señor, ¡si es tan niña!....)

ISIDORA. (Pero, señor, ¡si es tan viejo!....)

CANTILLANA. ¡Qué bella sois!

ISIDORA. ¿No lo niega
el alcalde?

CANTILLANA. Fuera un loco,
y como dije hace poco,
la justicia no era ciega..... (*Pausa.*)
Sabeis mas que es natural
á una labradora.

ISIDORA. No;
pero un tio Dios me dió,
clérigo en la catedral,
y él me enseñó de lectura;
y como en ella es tan ducho.....

CANTILLANA. Pues os enseñaron mucho
aquellos libros del cura.
Adios quedad, y os prevengo
que honra tendré en asistiros,
y que vendré á despediros.....

ISIDORA. Gracias mil.

CANTILLANA. (No sé qué tengo.....
pero faltando al mandato
del rey, quien venga á esta acera
á rondar á la Montera,
por mí ó por el rey, le mato.) (*Váse foro derecha.*)

ESCENA XIV.

MIGUEL. ISIDORA.

MIGUEL. Isidora.....
ISIDORA. (¡Él, ay de mí!)
Hidalgo, paso.....
MIGUEL. Señora,
me oís, ó me mato, Isidora;
no puedo vivir así.
Oidme un momento no mas,
y si sentenciais cruel,
os juro, á fé de Miguel,
no molestaros jamás.
Hermosa salamanquina,
Montera de lindo talle,
¿qué nombre das á la calle
que se honra de su inquilina?
Todo el que te vió, te amó;
pero aunque te amaron tantos
cuantos vieron tus encantos,
mas que todos ellos, yo,
que no hallarás un cariño
cual mi cariño seguro,
que es el primero y mas puro
de mi corazon de niño.
Tú niña, y yo colegial,
desde los años mas tiernos
no pasó dia sin vernos
juntos en la catedral.
Y cuando el incienso á Dios
se elevaba, yo creia
que con él se confundia
el suspiro de los dos.
Que nunca hubo amor mas santo
que este que el alma atesora;
¡ay, Isidora, Isidora,
te quiero yo tanto! ¡tanto!
ISIDORA. Me hace dudar..... (*Con alegría.*)
MIGUEL. Pasó al fin
aquella infancia tan pura;
crecias tú en hermosura,
y yo acababa el latin;
y desde que eras mujer
mirábasme de mal grado,

y yo tomaba enojado
el grado de bachiller.
¿Qué te ha obligado á mudar?
dime: mi lengua no habló,
pero al que ama como yo,
le basta con el mirar.
Y en otros serenos dias
¡ay! mas serenos que ahora,
las miradas de Isidora
eran de amor, cual las mias.
Si quisiste por ficcion
este corazon rendir,
vengo aquí á dar y á pedir
cuentas de mi corazon.
Distraerme quise quizás
y lancéme á los placeres,
y enmedio á tantas mujeres
te veia á tí no mas.
Una noche..... aun se me abrasa
con tal recuerdo la frente;
oí decir á tu gente
«se vá Isidora, y se casa.»
Celoso salgo tras tí.....
era ya tarde, enfermé,
y á tu esposo perdoné.....
tan cerca la muerte ví.
Mas de él dispuso Dios;
por cuanto ames en el orbe,
¿qué encuentras, dime, que estorbe
la ventura de los dos?

ISIDORA. (Me ama.) Paternal mandato
de tí separarme pudo;
plugo á Dios cortar el nudo.....
yo le bendigo y le acato.
Mas si digiste verdad
por tu fe de caballero,
yo te juro que te quiero
con toda mi voluntad.
Celosa estaba, soy franca;
á Salamanca me voy
con mis padres; viuda soy,
y te aguardo en Salamanca.

MIGUEL. Hasta tanto.....

ISIDORA. Ni siquiera
has de pisar el umbral,

que viéndote en el portal,
¿qué dirán de la Montera?
La razon no se te esconde.....

MIGUEL. Obedecer es rendir;
sea, tendré que reñir
con el primero que ronde.

ESCENA XV.

D. GASPAR. MIGUEL.

GASPAR. Todavia un arrimon.
¿Por quién se ronda? responda.....

MIGUEL. Preguntar por quién se ronda,
es preguntar de rondon.

GASPAR. ¿Es que quereis la Montera?

MIGUEL. Seor hidalgo, ¿quién os mete
sea montera ó bonete
que quiera yo lo que quiera?

GASPAR. Rondo con amantes fines
la calle en que está mi amor.

MIGUEL. Yo por cuidar una flor
vengo de la de Jardines.

GASPAR. ¿Sois jardinero?

MIGUEL. Sí, y quiero
mientras Dios me deja manos
podar la flor de gusanos,
porque soy buen jardinero.
Dos calles hay bien escuetas;
libres teneis ambos lados,
aquí la de los Preciados,
y enfrente, la de Carretas.

GASPAR. No cedo el paso á un estraño
mientras tenga espada y viva.

MIGUEL. Ved que si andais hácia arriba
dais en la del Desengaño.
Gala del suelo español,
para avergonzarle ella,
se vino á vivir mi estrella,
junto á la Puerta del Sol.
Ved si el paso ceder puedo
teniendo mi dicha en algo;
si yo de esta calle salgo,
sin sol ni estrella me quedo.

GASPAR. Riñamos, que largo trecho
se dió á la lengua.....

Miguel. Está bien.

Gaspar. Tente, ¡no le mates!

(Al volver la cara Miguel, le hiere Gaspar con la mano izquierda.)

Miguel. ¿Quién?

Isidora. ¡Ay! (*Desde el balcon.*)

Miguel. A traicion. *(Cae sobre D. Andrés, que sale.)*

Gaspar. Esto es hecho. (*Váse derecha.*)

ESCENA XVI.

Miguel. Andrés.

Andrés. ¡Santo Cristo! ¡Estoy despierto!
¡Me echan un muerto!..... ¡Ay, es él!
Prima, ya sé de Miguel;
ya sé cómo está. ¡Está muerto!
(*Entra en casa de doña Ana.*)

ESCENA XVII.

Isidora, *en el balcon.* Criados. Miguel, *en la calle.*

Isidora. Acorredle.

Criado. ¿En casa?

Isidora. Sí,
por mí recibió esa herida;
como yo salve su vida,
¿qué se me importa de mí?

(*Se retira del balcon, y cierra la puerta: los criados entran á don Miguel en casa de Isidora.*)

ESCENA XVIII.

Ana. Andrés. *A poco* Cantillana.

Ana. ¡Ay dolor! ¡Ay pena honda!

Andrés. Voy á buscar al instante
una ronda, un ministrante.

ESCENA XIX.

Dichos. Cantillana. Pinzorro, *y ronda.*

Cantillana. ¿Quién necesita á la ronda?

Ana. Una mujer desolada.....

Andrés. Y un muerto que está en el suelo.

CANTILLANA. A ver.

ANDRÉS. Aquí..... ¡Santo cielo!
¡Esta calle está embrujada!
Se le ha tragado el abismo.

ANA. Mas que aquí estaba, es muy cierto.

CANTILLANA. Pues no es probable que el muerto
se haya enterrado á si mismo.
¿No pensáis de igual manera,
señor alcalde menor?

PINZORRO. Es mucha calle, señor,
la calle de la Montera.

ANA. Señor, justicia..... ¡Oh tormento!
Vá en ello la dicha mia;
el difunto me debia
palabra de casamiento.

CANTILLANA. Del difunto es ese asunto
y á él solo le pertenece;
mas si el difunto parece,
se interrogará al difunto.

ANA. ¡Ay Miguel!

CANTILLANA. ¡Miguel! ¿Qué he oido?
¿Y su apellido?

ANDRÉS. La fama
Miguel el Bravo le llama;
ignoramos su apellido.

CANTILLANA. Parecerá, yo lo fio,
y ¡ay! de quien fué contra él,
si el difunto era Miguel,
y ese Miguel es el mio.

ANA. No, que es mio.

CANTILLANA. Sosegad,
yo no he de casar con él;
si no hallo en casa á Miguel,
señor alcalde, ¡temblad!
Una de dos ha de ser
lo que en esto haya de cierto:
ó corrieron con el muerto,
ó el muerto apretó á correr.
Encontradlo, ó juro á Dios
que sin que os valga socorro,
señor alcalde Pinzorro,
cargais con el muerto vos.

ANA. ¡Oh pesar!

ANDRÉS. ¡Oh pena fiera!

PINZORRO. Tengo miedo.

CANTILLANA. ¡Yo dolor!

ANDRÉS Y ANA. ¡Quién pensara!....

CANTILL. Y PINZ. ¡Quién supiera!....

TODOS. ¡Es mucha calle, señor,
la calle de la Montera!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORA. LIBRADA.

ISIDORA. ¿Respondes tú de la herida,
Librada?
LIBRADA. Respondo yo.
Si perdió el sentido fué
por la fuerza del dolor,
pero la herida no es cosa:
curó á primera intencion
con el bálsamo bendito,
que esta mano le aplicó.
¡Qué mucho, si tiene agua
de la fuente que saltó
al golpe que dió de hijada
San Isidro Labrador!
El aceite, es de la lámpara
de las monjas del Carbon;
la cera, de la novena
de la Vírgen de la O,
y las yerbas, escogidas
me las dió un inquisidor.
Conque ya veis.....
ISIDORA. ¡Ay, Librada!
tengo un cuidado.....
LIBRADA. ¡Pues no!
Teniendo bien el vendaje
y dándole un remojon
de cuando en cuando en las hilas.....
A propósito, ahora voy
á remudarle, y lo hago
mas bien que por él, por vos.

ISIDORA. ¿Por qué?
LIBRADA. ¿Cómo que por qué?
Soy doncella de opinion:
su herida está en el costado,
y para vendarle yo,
tengo que cerrar los ojos,
por no agraviar el pudor:
al cabo es mozo, y yo..... en fin,
tómemelo en cuenta Dios.
¡Ay! que ya se me olvidaba.....
esta carta me encargó
que al alcalde Cantillana
se enviase volando hoy.
ISIDORA. ¿A Cantillana?
LIBRADA. Así dice
el sobre. Mirad; á don.....
¡Octavio!

ESCENA II.

Dichas. UN CRIADO.

CRIADO. Aquí está el vendaje.
LIBRADA. Venga.
ISIDORA. Ahora vas veloz
á la calle de Jardines,
y en el sétimo porton.....
CRIADO. ¿En cas del señor alcalde?
Ya lo sé por el farol.
ISIDORA. Dejas esta carta.
CRIADO. Bien:
¿aguardo respuesta?
ISIDORA. No.

ESCENA III.

ISIDORA. LIBRADA.

LIBRADA. Y ahora vamos á curar
al herido preguntón.
¿Sabeis que no he visto nunca
enfermo mas hablador?
¿Conque rondan á Isidora?
dice; y echa un taco ó dos.
¿La habeis visto hablar con alguien?
¿Recibe papeles? ¡Oh!
¡Si yo no estuviera enfermo!

Enfermo estoy, y haga Dios
que ya que á traicion me hirieron,
no me maten á traicion.
Esto dice, y mucho mas,
de lo que deduzco yo
que herido está en el costado,
y mas en el corazon.
Y mas que ungüentos y vendas
y el bálsamo bienhechor,
si quereis que cure pronto
teneis que curarle vos.

ISIDORA. Bachillera estás.

LIBRADA. ¡Qué mucho!
Como que asisto á un doctor
que prestaría el bonete
á cierta montera.....

ISIDORA. ¡Oh!

LIBRADA. Y sentará á su carita
mas que la toca, mejor.

ISIDORA. Vete, que me enojaré.

LIBRADA. Seria una sinrazon;
mas para desenojaros
buscaré procurador. (*Se marcha.*)

ESCENA IV.

ISIDORA.

¿Por qué, amor, si te pintan
vendado y niño,
te asomas á los ojos
del que has herido,
y el alma luego
paga lo que pecaron
los ojos ciegos?
Niño que de los ojos
buscas las niñas,
tutor que nunca guardas
á las pupilas,
dame tu venda;
y al que yo quiero tanto,
que no lo entienda.
Mira que está muy cerca,
que yo le quiero,
que son galan y dama
estopa y fuego.

Dame tu venda,
y al que yo quiero tanto,
que no lo entienda.

ESCENA V.

ISIDORA. LIBRADA. MIGUEL.

LIBRADA. Obedezca mi preceto
en cuanto le diga, y calle.
No para ajustar el talle
quiera abrochar el coleto,
pues está recien vendado
y puede abrirse la herida.
No sé cómo hay quien se cuid
de vivir tan apretado.

ISIDORA. ¿Ríñesle?

LIBRADA. Y tengo razon,
y reñiré á troche y moche;
y si no es bueno, esta noche
se acuesta sin colacion.

ESCENA VI.

MIGUEL. ISIDORA.

MIGUEL. Blanca azucena,
luz de la aurora,
fuente serena,
dulce Isidora.
No lleve el viento
mi voz ahora;
oye el acento
del que te implora.
Y refléjese en él el sentimiento,
del alma enamorada que te adora.
Página de oro
de amante historia.
¡Cuánto te adoro,
sueño de gloria!
Muriendo estaba
junto á tu puerta,
sangre manaba
mi herida abierta.
Tú, bienhechora,
vida me das;

ingrato ahora
seré quizás.
Pero queria tanto á mi Isidora,
que el alma ya no puede amarla mas.
El estudiante
que en Salamanca
ronda adelante
la calle franca,
siempre su paso
libre encontró:
desesperado
sin tu cariño,
tímido niño,
loco enfermó.
Él loco ha estado
por tu hermosura:
¿qué mas locura
que amarte á tí?
Si eres tan bella
que á veces creo
que eres la encarnacion de un devaneo:
que Dios compadeciendo mi deseo,
te finge tan hermosa para mí.
Tus ojos bellos
mi vida son,
latió por ellos
mi corazon.
Curas mi herida:
poco es, por Dios,
darte mi vida
quien debe dos.
Si hallarme quieres
agradecido,
vuélveme el alma
que te he rendido.
Que yo á tus ojos
de serafin,
les daba desde niño por despojos
todo el tesoro de mi amor sin fin.

ISIDORA. Acorte el paso
vuestra ternura,
no os vuelva acaso
la calentura.
Dejad estremos;
solos estamos:

ambos sabemos
que nos amamos.
Callar debemos
mirando á Dios,
que uno del otro enfrente nos hallamos,
y atendiendo á la honra, no olvidamos
la cristiana enseñanza de los dos.
Con su fé entera
mi alma te adora:
no hay quien te quiera
como Isidora.
Mas tente, espera
llegue la hora
que la Montera
sea doctora.
Que yo te fio
que de ella oirás,
mucho mas que la dices, Miguel mio.
Cuando su amor no sea un desvarío,
te dirá mucho mas, ¡ay! mucho mas.

MIGUEL. ¿Conque he de ser mudo?
ISIDORA. Sí.
MIGUEL. Ciégame entonces.
ISIDORA. ¿Por qué?
MIGUEL. Porque te dirán mis ojos
las perfecciones que ven.
ISIDORA. Veo que por lo doctor
no dejais lo bachiller.
MIGUEL. Es tu hermosura la causa,
yo el demandante y tú el juez.
ISIDORA. Basta de tuteo, hablemos
con seriedad, don Miguel.
MIGUEL. Qué hermosa eres, Isidora,
bendita seas.
ISIDORA. Amen.
MIGUEL. Bien haya la aleve mano,
que aunque fué aleve y cruel,
de verme tan á tu lado
orígen y causa fué.
ISIDORA. Es obra de caridad
los enfermos acorrer,
y á pesar del catecismo,
si alguien en mi casa os vé,
la honra de la Montera
no lo pasaria bien.

No tomo por mis criados,
que es cada uno á cual mas fiel;
mas temo que la justicia
en esto quiera entender:
casa que vé la justicia,
ajusticiada se vé,
con razon ó sin razon,
con fundamento ó sin él.
A propósito, ¿al alcalde
Cantillana conocéis?

MIGUEL. Sírveme de padre.

ISIDORA. ¡Sí....!

MIGUEL. A su hermana debo el ser.
Ella al darme á mí la vida
perdió la suya, y tal vez
de pena murió mi padre:
huérfano y solo quedé.
Y á no ser por Cantillana,
que á pesar de su esquivez
aparente, tiene un alma
cual la de un ángel sin hiel,
muerto hubiera, abandonado,
de frio, de hambre y de sed.
Toda mi familia es pobre:
él por privar con el rey,
gracias á la rectitud
de su hidalgo proceder,
recibió de la real mano
mas de una rica merced:
como alcalde sempiterno,
le sorprendió la vejez.
Por el amor de su vara
no tuvo el de la mujer,
y pone en mí su ternura,
y yo se la pago bien.

ISIDORA. ¿Y no mas que en vos?

MIGUEL. No mas.

ISIDORA. ¿Entonces yo no tendré,
puesto que os he recogido,
motivo para temer?...

MIGUEL. ¡Así no tuviera yo
motivos de celos!

ISIDORA. ¿Pues?

MIGUEL. ¡Tanto galan como os ronda!

ISIDORA. Prueba, á mi modo de ver,

que cuando rondan por fuera
no ponen dentro los pies.
Quizás mas motivos tenga
de estar celosa que él.
Cuéntase que en Salamanca
es muy temido.

MIGUEL. Lo fué;
tuve estravíos de mozo;
mas no se llegó á prender
este corazon de amores
hasta que cayó en tu red.

ISIDORA. Estraviado anduvísteis.

MIGUEL. ¿Te pesa acaso?

ISIDORA. Tal vez.

MIGUEL. ¡Qué importa el pasado!

ISIDORA. Importa.

MIGUEL. ¿Te dá enojos?

ISIDORA. No lo sé.

MIGUEL. Eres niña.

ISIDORA. Amor es niño,
y cuando se quiere bien,
él antes inspira celos
y recelos él despues.
Y teme quien su bien cela,
que han de robarle su bien
la tierra, el aire, y la luz
que giran en torno de él.
¿No eres tú celoso?

MIGUEL. ¡Oh! sí.
¡Eres tan hermosa!.....

ISIDORA. Y qué.....
si soy amante.

MIGUEL. Bendita,
bendita seas.

ISIDORA. Amen.

ESCENA VII.

Dichos. LIBRADA.

LIBRADA. Pronto al cuarto.

ISIDORA. ¿Qué sucede?

LIBRADA. Que tienes visitas.

ISIDORA. ¿Quién?

LIBRADA. La prima del primo eterno.

MIGUEL. ¿Quién es ese primo?

ISIDORA. Es.....
un nécio.

LIBRADA. Viene azorada.
Dice que te quiere ver.
Yo la hubiera despedido;
mas vive enfrente, y tal vez,
si vió algo anoche, y te importa
saberlo.....

ISIDORA. Vete, mi bien.

MIGUEL. Me da que pensar el primo,
la prima, las rondas y el.....

ISIDORA. Piensa en lo que yo te quiero.

MIGUEL. Pienso en que puedo perder
ese cariño.

LIBRADA. ¡Que llega!
pase ya vuesa merced.

ESCENA VIII.

ISIDORA. ANA.

ANA. Si es hidalga obligacion
de quien tiene sangre hidalga,
asistir y proteger
al que en su amparo se ampara,
la obligacion es hoy vuestra,
la ocasion es mi desgracia,
la causa amor, que el amor
siempre fue en nosotras causa
de desgracia.

ISIDORA. En fin.....

ANA. En fin,
oidme, hermosa paisana,
y ojalá pueda mi acento
conmover vuestras entrañas.
Habreis estrañado acaso
la insistencia porfiada
con que yo de don Andrés
continuamente os hablaba.
Pues era, yo lo confieso,
porque don Andrés buscara
un estudiante traidor,
que con traidoras palabras
se llevó el corazon mio,
sin dejarme en cambio nada.
¡Ay, Miguel!.....

ISIDORA. ¡Miguel! (¡Qué es esto!
Amor, ¿qué es lo que me pasa?)
ANA. Don Andrés ofreció hallarle,
¡ojalá nunca lo hallara!
ISIDORA. ¿Pues cómo le encontró?
ANA. Muerto,
á la puerta de esta casa.
Quizá algun galan de los
que vuestro rigor maltrata,
creyéndole amante vuestro,
contra él emprendió sin causa.
ISIDORA. (¡Esto mas!)
ANA. Hay tal misterio,
que ni el cadáver se halla.
Don Andrés teme, y me deja;
la justicia me amenaza,
ved el trance en que me pone
esta maldecida carta.
ISIDORA. (*Lee.*) «Si no parece el muerto, doña Ana,
»á la cárcel de Villa vais mañana;
»pues ya tengo por cierto
»que si anoche hubo un muerto, era ese muerto
»sobrino del alcalde Cantillana,
»que dice, y al decírmelo se huelga,
»que encuentro á su sobrino, ó que me cuelga.
»Si él la palabra os dió de casamiento
»y cayó en el dintel de vuestra puerta,
»sospecha dais con harto fundamento
»de haber sido ocasion de la reyerta.
»Averiguar el caso es deber mio;
»tengo miedo al alcalde, y miedo al tio.
»Buscad declaraciones
»que dén luz entre tantas confusiones,
»pues vá en ello mi vida y vuestro oprobio;
»que si entre vos y yo no hacemos nada,
»al quedar yo con horca y vos sin novio,
»quedamos, yo colgado y vos colgada.
»Pinzorro, alcalde menor.»
(Ya no dudo, estoy sin alma.)
¡Y ahora qué pedís de mí!
(Amor, ¡qué es lo que me pasa!)
ANA. Que en mi favor declareis,
si es que la justicia indaga.
Nadie me conoce aquí,
pues soy en la córte estraña.

Decid que me conoceis.....

ISIDORA. (¡Ojalá no!)

ANA. Por honrada.
Que Miguel era un perjuro.

ISIDORA. Eso sí diré, doña Ana,
perjuro, y falso y traidor,
sin corazon, sin entrañas,
pendenciero por capricho
y galanteador por gala.

ANA. ¿Direis eso?

ISIDORA. Y mucho mas.

ANA. Y si Miguel alentara,
¿le haríais casar conmigo?

ISIDORA. Antes un rayo me parta.

ANA. ¿Qué decís, que no os entiendo?

ISIDORA. ¡Qué mucho, desventurada,
si no me entiendo á mí misma!

ANA. ¿Qué teneis?

ISIDORA. Pena en el alma.

ANA. ¿Declarareis por mí?

ISIDORA. Sí.

ANA. Direis de Miguel.....

ISIDORA. Ya basta.

ANA. Que me debe.....

ISIDORA. Sí, que debe
y paga mal, ó no paga.

ANA. ¿Vos le odiais?

ISIDORA. ¿Vos le quereis?

ANA. No sé qué os noto en la cara.

ISIDORA. ¿Qué es lo que notais, vecina?

ESCENA IX.

Dichas. LIBRADA. *A poco* CANTILLANA.

LIBRADA. El alcalde Cantillana. *(Váse.)*

ANA. ¡Ah! *(Se esconde.)*

CANTILLANA. Buena noche, Isidora.

ISIDORA. (Nunca la tuve tan mala.)

CANTILLANA. Perdonad, bella Isidora,
si es mala hora de ofreceros
mi afecto; quien viene á veros,
viene siempre á buena hora.
Libre de un hondo dolor
que el seso me hizo perder,

quise, viniéndoos á ver,
hacer la noche mejor.
De algunas horas atrás
arde mi pobre cabeza,
y siento aquí una tristeza
que no he sentido jamás.
Y al veros, en el pellejo
la alegria me retoza:
no ofende á una buena moza
el puro afecto de un viejo.
Como más no pido aquí
que veros, y me recrea,
vos me dejareis que os vea,
señora, ¿verdad que sí?

ISIDORA. Es estraño.....

CANTILLANA. No, Isidora;
ayer os ví y os miré,
á veros me acostumbré,
y estoy mal sin vós, señora.
Por galan no me tendrán:
murmurarian en balde:
soy muy viejo y muy alcalde
para poder ser galan.
Por vos siento un sentimiento
triste y dulce al par que hidalgo:
ello es que yo siento algo,
pero no sé lo que siento.
No es amor: pasion tan loca
no tiene en mi edad cabida,
ni puedo amar en mi vida.

ISIDORA. (Pues creo que se equivoca.)

CANTILLANA. Mas, triste estais.

ISIDORA. Sí, á fé mia.

CANTILLANA. ¿No lo estábais ayer vos?
Razon tenia, por Dios,
que muerto á Miguel creia;
y es cariño tan prolijo
el que para él guardo aquí,
que sin ser padre aprendí
por él lo que se ama á un hijo.
He recibido un papel
que su vida me asegura,
y el gozo.....

ISIDORA. Y tanta ternura,
¿puede pagarla Miguel?

Es alevoso en su trato;
es mentiroso en cumplir;
es estremado en fingir,
y es ingrato.

CANTILLANA. ¡Ingrato!

ISIDORA. Ingrato.

CANTILLANA. ¿Y quién delante de mí?.....
Si no fuérais, Isidora,
la que hablais así, señora,
¡oh! no hablaríais así.

ESCENA X.

Dichos. MIGUEL, *paño izquierdo, pasando por una puerta.* DOÑA ANA, *paño, pasando por la otra de enfrente.*

MIGUEL. ¿Qué estás diciendo, cruel?

CANTILLANA. Pero aunque todo eso fuera,
¿qué le importa á la Montera?

ANA. (¡Cielos! ¡Qué veo! ¡Miguel!) (*Cierra la puerta.*)

ISIDORA. ¡En Salamanca y Madrid,
no penseis que le denuesto,
pagó ingrato! Mas ¿qué es esto?

(*Se oye en la calle ruido de pendencia.*)

CANTILLANA. Una pendencia..... Seguid.

MIGUEL. (¡Oh! Quién son ellos supiera.)

ISIDORA. ¡Cuchilladas!.....

CANTILLANA. Y bien dadas.
¡Qué noche sin cuchilladas
la calle de la Montera!

ISIDORA. ¿No vais vos?

CANTILLANA. Sin vara estoy,
y es asunto de Pinzorro.

ANDRÉS. ¡Socorro! (*Voz dentro.*)

ISIDORA. Piden socorro.

CANTILLANA. Eso es distinto; allá voy:
que para eso, ¡vive Dios!
no necesito la vara.
(¡No sé por qué me alegrára
que se mataran los dos!)

ESCENA XI.

ISIDORA. MIGUEL.

MIGUEL. ¡Isidora!

ISIDORA. Aparta, ingrato.

¡Bien pagas la caridad
de darte hospitalidad
con mengua de mi recato!
Casi al dintel de mi puerta
herido te he recogido:
triste de mí, que hemos sido,
tú el herido, y yo la muerta.

MIGUEL. Escucha.

ISIDORA. En vano porfías.

MIGUEL. ¡Oye!

ISIDORA. Es inútil que arguyas.
Cumple las palabras tuyas,
que yo retiro las mias. *(Váse foro izquierda.)*

MIGUEL. Escucha, fiera inhumana.

ESCENA XII.

MIGUEL. DOÑA ANA, *puerta derecha.*

ANA. ¡Cómo que inhumana fiera!
¿Vivo para la Montera,
y muerto para doña Ana?

MIGUEL. ¡Ana! ¡Horrible desconcierto!
¡Ah! ¡Siento ruido, y yo aquí!
(Váse al cuarto donde estaba Ana.)

ANA. No me separo de tí, *(Siguiéndole)*
que estés vivo, ó que estés muerto.

ESCENA XIII.

D. GASPAR, *balcon derecha.*

Gané el balcon y el postigo;
encontrándome en su casa,
si ella por mi dama pasa,
ha de casarse conmigo.
Ahora que ronde quien quiera:
que yo, sin ningun apuro,
cazo escondido y seguro
á la dote y la Montera.
(Se esconde en donde estuvo Miguel.)

ESCENA XIV.

D. ANDRES, *balcon izquierda.*

Huyendo de aquel maton
que puso á mi vida asedio,

no he tenido otro remedio
que encaramarme al balcon.
Aquí si soy descubierto
me echarán de positivo:
mas vale que me echen vivo,
que no que me acuesten muerto.
(*Se esconde en el cuarto donde está Gaspar.*)

ESCENA XV.

CANTILLANA, *foro derecha.*

¡Tranquilizaos, señora!
daba las voces y el ruido
sin duda algun divertido:
mas ¿dónde estais, Isidora?

ESCENA XVI.

CANTILLANA *y* D. MIGUEL, *puerta derecha.* ISIDORA, *foro izquierda. Luz.*

MIGUEL. ¿Quién la llama?
ISIDORA. ¡Ella con él!
CANTILLANA. ¡Miguel, Miguel, hijo mio!
ANA. ¡Ingrato!
ISIDORA. ¡Pérfido!
MIGUEL. Tio.
CANTILLANA. ¿Cómo estás aquí, Miguel? (*Airado.*)
ANA. / ISIDORA. Justicia.....
CANTILLANA. Dí, ¿por qué gritan?
¿Qué prueban sus voces?
ANA. Prueban
una honra que me llevan.
ISIDORA. Un corazon que me quitan.
MIGUEL. ¡Calla, ingrata, ó juro á Dios!
CANTILLANA. ¡Por vida de Belcebú!
¿Por qué la denuestas tú?
MIGUEL. ¿Por qué la defendeis vos?
ANA. ¡Está buena la manera
de declarar por mi bien....!
Malhaya, malhaya, amen,
la calle de la Montera.
CANTILLANA. ¿Por qué la defiendo?
MIGUEL. Si.

Porque vos la amais.

CANTILLANA. ¡Cruel!
¿Por qué lo has dicho, Miguel?
¡Yo me lo callaba á mí!

ESCENA XVII.

Dichos. GASPAR *y* ANDRÉS, *riñendo.*

ANDRES. Yo me eduqué para santo,
no riño.

ISIDOR. MIGUEL. ANA. CANTILLA. ¿Aún mas?

GASPAR. Por mi acero
sereis mártir.

ANDRÉS. ¡Caballero!
nunca he pretendido tanto.

MIGUEL. Ingrata, ¿conque me insultas?

ANA. ¡Y la llama ingrata!

TODOS. Sí.

MIGUEL. ¿Y tú delante de mí
de dos en dos los ocultas?

TODOS. ¡Justicia!....

ESCENA XVIII.

Dichos. PINZORRO, *foro, y cierra.*

PINZORRO. ¡Ya pareció!
Aquí, como vé usiría,
no hay mas vara que la mia,
ni mas justicia que yo.
Y esta ha de ser respetada,
y hará valer su derecho,
Seor Cantillana.

CANTILLANA. Bien hecho.
(Al maestro cuchillada.)

PINZORRO. A hacer mi justicia empiezo,
y voy derecho á mi asunto.
¡Hola! ¡revivió el difunto!
Me alegro por mi pescuezo.
No estraño que vos, ni vos,
esteis aquí; mas confiese,
¿quién se subió al balcon?

ANDRÉS. GASPAR. Ese.

(Señalando uno al otro.)

PINZORRO. Me alegro: presos los dos.
ANA. Yo mi justicia la fundo.....
CANTILLANA. MIGUEL. ISIDORA. Yo la mia.....
ANDRÉS. GASP. Y yo la mia.....
ISIDORA. Mi casa.....
PINZORRO. ¡Qué algarabía!
A ver, preso todo el mundo.
MIGUEL. Esta es mi declaracion.
Este..... *(Por D. Andrés.)*
ANDRÉS. ¿Yo? *(Arrestado.)*
MIGUEL. A traicion me ha herido:
luego á traicion me han partido *(Por Isidora.)*
el alma y el corazon.
ISIDORA. Ahora yo.
UNOS. No, yo primero.
LOS HOMBRES. Esta mujer.....
LAS MUJERES. Este hombre.....
PINZORRO. Silencio todos, en nombre
de don Felipe tercero.
Tengan la boca cerrada
el que paga y el que peca:
uno á uno justicia seca,
ó he de hacer una alcaldada.
Cada uno segun el peso
de su culpa ó su inocencia,
espurgue bien su conciencia
mientras estiendo el proceso.
(Saca papel. Todos callan.)
CANTILLANA. Todos lloran, yo quisiera
llorar; pero mi dolor
ni dá lágrimas siquiera.
¡Es mucha calle, Señor,
la calle de la Montera!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

CANTILLANA. MIGUEL. PINZORRO, *cerrando las puertas laterales.* OCTAVIO.

PINZORRO. Vamos á ver si podemos,
sin las mujeres, en paz,
ir sacando por el hilo
el ovillo: ven acá. *(A Octavio.)*
¿Cómo te llamas?

OCTAVIO. Octavio
Gutierre Duro y Durán.

PINZORRO. ¡Ira de Dios! ¡Tu apellido
parece de pedernal!
¿Cuántos años tienes?

OCTAVIO. Yo
no tengo los que se van,
y como que huyen de mí,
no tengo años;—pues..... cabal.

PINZORRO. ¿Ves esta vara?

OCTAVIO. Sí veo.

PINZORRO. Esta es la justicia, ¿estás?

OCTAVIO. Estoy.

PINZORRO. No burles con ella,
Gutierre Duro y Durán,
ó te doy con la justicia
un estacazo, que ¡yá!.....

OCTAVIO. Yo.....

PINZORRO. Que esta justicia puede,
por mas que seas seglar,
en empuñándola yo,

convertirte en cardenal.

OCTAVIO. (Diantre de.....)

PINZORRO. Sirva lo dicho
de aviso preliminar.
¿De qué sirves aquí?

OCTAVIO. Sirvo
de mayordomo y demás.
En cuanto Dios amanece,
salgo al mercado á comprar;
llevo la razon de todo
lo que yo doy y me dan.
Si el ama sale á paseo,
cuélgome una espada acá,
y sirvo de Rodrigon.
Si en casa la place estar,
abro la puerta; si reza,
tomo el trisagio, y jamás
se me pasa ningun diez,
señor, que quien lleva mal
las cuentas de su rosario,
con otras cuentas, ¿qué hará?

PINZORRO. ¿Conoces á don Miguel
Cantillana?

OCTAVIO. No oí nombrar
jamás á otro Cantillana
que el señor alcalde.

PINZORRO. Mas
¿á ese hidalgo le conoces?

OCTAVIO. Sí.

PINZORRO. ¿Desde cuándo?

OCTAVIO. No hará
veinticuatro horas aun:
debióle ayer de trabar
de obras, mas que de palabras,
en la calle, algun jayan;
y como mi ama tiene
tan cristiana caridad,
recoger quiso al herido.
La dueña, que sabe mas
melecina que un dotor,
y en cuanto á unturas quizá
mas de lo que el Santo Oficio
nos permite investigar,
le curó en un *santiamen*.

PINZORRO. ¿Y tú juras ser verdad

que nunca le viste?

OCTAVIO. Juro.

PINZORRO. Basta: á un hidalgo que está
esperando á fuera, y tiene
aspecto de sacristan
dile que entre.

OCTAVIO. ¿Don Andrés?
De ese sí que puedo hablar.

PINZORRO. Habla, pues.

OCTAVIO. Todos los dias
me esperaba en el portal.
Un ducado y una carta
ponia en mi mano, y zás,
como alma que lleva el diablo
abandonaba el zaguan.

PINZORRO. ¿Guardas los ducados?

OCTAVIO. No.

PINZORRO. ¿Y las cartas?

OCTAVIO. Aquí están.

PINZORRO. «¡Cuánto os adoro, Isidora!» (*Leyendo una.*)

MIGUEL. CANTILLANA. ¡Oh!

PINZORRO. (¡Hola! ya dan la señal
de vida las dos estátuas.)
«Por vos no puedo obispar,
»me quitásteis la carrera,
»y la vocacion, y la.....»
Dile que entre. (*Váse Octavio, foro.*)

ESCENA II.

Dichos, menos OCTAVIO.

MIGUEL. Sí, por eso
me queria asesinar,
porque ama á Isidora, y piensa.....

CANTILLANA. Se equivoca, ¿no es verdad?

LIBRADA. Abridme, señor Pinzorro;
soy yo, Librada.

PINZORRO. Allá vá.

ESCENA III.

Dichos. LIBRADA.

CANTILLANA. ¿Cómo está Isidora?

LIBRADA. ¿Cómo

querais que esté sino mal?

CANTILLANA. ¿Mas volvió en su acuerdo?

LIBRADA. Sí,
á fuerza de esencias, ya.....
pero, señor, ¿esta casa
se ha trocado en hospital?
Un herido, dos mujeres
desmayadas..... ¿cómo está
doña Ana?

MIGUEL. ¡Eh! ¿qué me importa?

LIBRADA. Voy á hacerla respirar
una esencia.....

PINZORRO. Oye tú, esencia
destilada en Satanás.

LIBRADA. ¡Eh!

PINZORRO. ¿Serviste en esta calle
á doña Inés Alcaráz
hará dos años?

LIBRADA. Servíla.

PINZORRO. Poco antes de maridar,
cuéntase que su marido
tuvo un encuentro fatal
en la calle: ¿sabes algo
de ese lance?

LIBRADA. Nadie habrá
que contar pueda lo cierto.
El novio juró que un tal
Lara, le hirió malamente;
mas no se le pudo hallar.
Comprometida mi dueña,
se casó, y no se habló mas
del lance.

PINZORRO. Basta, ahora cuida
á doña Ana. ¿A dónde vas?
A esotra jaula, que en esta
se encierra otro perillan.

ESCENA IV.

PINZORRO. CANTILLANA. MIGUEL.

PINZORRO. (Juraria que él ha sido.....)
Sigue el proceso verbal.
«Y declaró doña Ana (*Leyendo un papel*)
»Ceballos, que en la ciudad
»de Salamanca, Miguel,

»que era adolescente, asáz
»la amó, y declaró Miguel
»que no la ha amado jamás,
»y que de amor á requiebro
»hay muchas leguas que andar.
»Que fué galanteo simple,
»sin ofender la moral.
»Esto dijo don Miguel,
»y doña Ana dijo..... ¡Ah!
»y se desmayó doña Ana,
»y no pudo decir mas.
»*Otro sí*: anoche, Miguel,
»reñía de igual á igual
»con un hidalgo, y declara
»que don Andrés por detrás
»le hirió á traicion.»

ESCENA V.

Dichos. D. ANDRÉS.

ANDRES. Eso es falso.
MIGUEL. Juro.....
PINZORRO. Espacio con jurar.
Vaya el careo con calma,
tengamos la fiesta en paz.
vos sois.....
ANDRÉS. Soy don Andrés Paulo
Ceballos y Macanáz,
y el mas desdichado engendro
que se ha visto ni verá.
Mi estrella ha sido la estrella
mas estrellada, y jamás
me alumbró en cosa ninguna.
—¡Pienso que lo de alumbrar
lo reserva para el dia
que alumbre mi funeral!—
Nacido en el mes de enero,
saludáronme al entrar
en este valle de lágrimas
una gata y su galan.
Era martes, y llovia,
y al punto de cristianar,
apagué de un estornudo
la vela del sacristan.
Dióse á reir el padrino;

la madrina se hizo atrás,
y el párroco y yo solitos
nos las hubimos allá,
y recibí sin padrinos
el chapuzon y la sal.
Perdí mis padres muy niño.
—Tengan en el cielo paz,
porque lo que es en la tierra
no la tuvieron jamás.—
Y á mí, inocente retoño,
por su lado cada cual
me propinaba la zurra
y me escaseaba el pan.
Tuve vocacion de santo
desde mi mas tierna edad,
y fuí mártir á cachetes
desde que fuí colegial.
Allí conocí á Miguel,
¡que me tiene dados mas!.....
y yo, nada, siempre santo.
Un dia..... dia fatal,
ví á doña Isidora, ¡oh!
cambiar quise estado, ¡ah!
pretendo olvidarla, ¡no!
no encontrarla hermosa, ¡mas!
dejo mi carrera..... ¡sí!
quiero que ella me ame, ¡ca!
véngome tras ella..... ¡y qué!
llégome á su puerta..... ¡paf!
ciérrame puerta y oidos,
corazon y voluntad.
En vano doña Ana quiere
mi triste amor remendar,
porque yo con Miguel zurza
algun recuerdo quizá.
La primer vez que le ví
en Madrid, sábelo ya
la justicia, fué ayer noche
cuando le creí mortal.

MIGUEL. Pero vuestra espada aleve
me hirió.....

ANDRÉS. Mi espada jamás
ha herido ni puede herir.
Tendrá mucha habilidad
quien la descubra esa maña.

Esta es mi espada, ¡aquí está!

PINZORRO. ¡Si es de palo!

ANDRÉS. De alcornoque.

MIGUEL. Entonces quién fué.....

PINZORRO. Callad. (*Bajo á Miguel.*)

CANTILLANA. De palo. (*Mirando la espada.*)

ANDRÉS. Sobrados yerros
por mios me dan pesar,
sin que los hierros me pesen
de la hoja y el gavilan.

PINZORRO. Entrad ahí, don Miguel.

MIGUEL. Pero.....

PINZORRO. ¡Entrad ahí, voto á San!.....
Si niño os tuve en mis brazos,
¿cómo he de quereros mal? (*Le encierra.*)
Vuestra espada, don Andrés. (*Se la da.*)
Vos, Cantillana, esperad.
Vos, oid. (*Le habla bajo á Andrés.*)

ANDRÉS. ¡Estais en vos!

PINZORRO. En nombre del Rey.

ANDRÉS. Se hará. (*Váse, foro.*)

ESCENA VI.

Dichos, menos D. ANDRÉS.

PINZORRO. El alcalde Cantillana
á un alcalde subalterno,
dijo para su gobierno:
«tengo que ahorcarte mañana,
»ó me vas á averiguar
»el que á Miguel llegó á herir.....»

CANTILLANA. ¿Qué es lo que quieres decir?

PINZORRO. Adelante, don Gaspar. (*Le abre.*)

ESCENA VII.

CANTILLANA. PINZORRO. D. GASPAR.

PINZORRO. ¿Conocéisme?

GASPAR. ¡Bueno es eso!
Sobrado ví vuestra cara.

PINZORRO. ¿Vos sois?....

GASPAR. Don Gaspar de Lara,
y abreviemos el proceso.
Que he nacido en buena cuna

por lo noble y por lo antigua,
mi apellido lo atestigua.
Gasté mozo mi fortuna;
mas tengo sobrado aliento
para hacer nuevo caudal,
por el valor natural
de la sangre que sustento.

PINZORRO. De ese valor hay que hablar
mucho; pues hay quien supuso
que á veces haceis mal uso
de ese valor, don Gaspar.
Y pues llega la ocasion,
aprovecho la fortuna
de que me sirvais en una
añeja declaracion.
En esta calle ocurrió
un lance menguado asaz.
Doña Isabel Alcaráz.....
¿la conocíais?

GASPAR. Yo no.

PINZORRO. Amaba á un tal don Rodrigo
que, yendo á ver á su bella,
topó por su mala estrella
en la calle á un vuestro amigo
que, segun dice la gente,
riñe de un modo tan doble,
que por olvidar lo noble
ganó fama de valiente.
Don Rodrigo era leal.....
Del otro..... nada sé yo;
mas don Rodrigo cayó
mal herido en un portal,
y su contrario cruel.....

GASPAR. ¿Y qué tengo que ver yo....?

PINZORRO. ¡Ah! ¿No sabeis nada?

GASPAR. No.

PINZORRO. Dicen que íbais vos con él.

GASPAR. Ni de nada soy testigo
ni seria, hablando, cuerdo.
Una noche, sí, recuerdo
que, acompañando á un amigo,
una pendencia surgió;
y yo mi bolsa perdí,
y luego decir oí
que un alguacil se la halló.

Mas en cuanto á la otra historia,
que ahora á colacion se saca,
tengo la memoria flaca.

PINZORRO. (No tan flaca la memoria.)
En fin, hecho consumado,
duerma en paz eternamente;
vengamos á lo presente,
y dejemos lo pasado.

GASPAR. Mejor es.

PINZORRO. Sí, mejor es.
¿Cómo os encontrais aquí?

GASPAR. Porque sí.

PINZORRO. ¿Y qué es porque sí?

GASPAR. Porque yo quiero.

PINZORRO. ¡Ah!

GASPAR. Pues.

PINZORRO. Cuéntase que á la Montera
teneis un amor profundo.

GASPAR. No es posible que en el mundo
nadie como yo la quiera.

PINZORRO. Y ella á vos, ¿os quiere algo?

GASPAR. Supongo que sí.

CANTILLANA. (¡Qué escucho!)

GASPAR. Que yo me merezco mucho.

CANTILLANA. (¿Qué está diciendo ese hidalgo?)

PINZORRO. Al escalar su balcon
pusísteis en su honra el pié.

GASPAR. Eso es cuenta suya.

CANTILLANA. ¡Qué!
(*Levantándose con ira.*)

PINZORRO. (Ya se despierta el leon.)

GASPAR. Si su honra por mí ha perdido
y yo me caso con ella,
hago feliz á una bella,
y negocio concluido.

PINZORRO. Dicen que os desprecia.

GASPAR. ¡Bah!

PINZORRO. Que el subir por el balcon
fué un cálculo de ambicion.

GASPAR. Con todo, se casará
conmigo, que ya mi nombre
solamente su honra ampara.

CANTILLANA. Pinzorro, suelta la vara.
Quiero matar á ese hombre.

GASPAR. Señor alcalde.....

CANTILLANA. Aquí no:
yo no soy alcalde aquí,
ni está delante de mí
sino un hombre como yo.
En guardia.

PINZORRO. No me acomodo.
¡A que ahora por una niña....!

CANTILLANA. Pinzorro, deja que riña,
ó corres con vara y todo.
En guardia vos, ú os destrozo
á estocadas el pellejo.

PINZORRO. (¡Bravo! Sin vara este viejo
se vá á comer á este mozo.)

GASPAR. Pero, ¿por qué, ¡voto á brios!
ahora me pedís quimera?

CANTILLANA. Porque adoro á la Montera
cien mil veces mas que vos.
Porque en su honra y su cariño
tengo de mi alma el espejo.
Porque con cara de viejo
tengo corazon de niño.
Porque, para amar cobarde,
en mi juventud no amé,
y ahora amo loco, porqué
se ama mas cuanto mas tarde.
En guardia.

PINZORRO. Cuenta con él. (*A Gaspar.*)

(*Riñen Cantillana y Gaspar. Pinzorro dá un golpe con la vara, y sale D. Andrés con la espada de palo desnuda, y aparenta atacar á D. Gaspar. Este se vuelve á tiempo que Cantillana se tiende á fondo y le toca.*)

ESCENA VIII.

Dichos. D. ANDRÉS.

ANDRÉS. ¡Ah perro!

CANTILLANA. ¡Ah!

GASPAR. Traicion.
(*Cayendo sobre D. Andrés.*)

PINZORRO. Amigo,
así cayó don Rodrigo,
así heristeis á Miguel.

CANTILLANA. ¿Qué dices?

PINZORRO. Estoy bien cierto.

CANTILLANA. A no habermе contenido.....

ANDRÉS. Señor, ¿habré yo nacido
para que me echen el muerto?
CANTILLANA. ¡Vive Cristo que no entiendo!....
PINZORRO. Poco tiene que entender:
así heristeis sin querer,
y él así hiere queriendo.
Tierra á un lance igual echó
un alguacil harto vil:
ya es alcalde el alguacil:
el alguacil era yo.
Yo era el miserable aquel:
perdonadle, ó voto á brios,
que hay perdon para los dos,
ó para los dos cordel.
CANTILLANA. ¡Válgante á tí tus temores,
válgale á Gaspar lo Lara:
tambien yo ultrajé tu vara!
Todos somos pecadores.
ANDRÉS. Este hombre perdió el sentido,
y pesa mas que un pecado.
PINZORRO. ¡Librada!.... está desmayado.

ESCENA IX.

Dichos. LIBRADA.

LIBRADA. ¡Vírgen de Atocha, otro herido!
PINZORRO. Es un rasguño ligero.
¿Y doña Ana?
LIBRADA. Ya está sana.
PINZORRO. Pues cuidadle entre doña Ana
y tú, y vos.
ANDRÉS. (¡Ahora enfermero!)

ESCENA X.

PINZORRO. CANTILLANA.

PINZORRO. Ahora el alcalde menor
la vara entrega á usiría,
y hónrale mucho á la vara
hallarse en manos tan dignas.
Basta á remediar Pinzorro
la injusticia de una herida;
mas para heridas de honor,
y en el honor de una niña,
al alcalde de hace poco

pésale asaz la alcaldía.
Tenga esta vara quien debe:
que si otra se necesita,
ya me prestará la suya
cualquiera de mi gavilla.
Aquí está Miguel, allí (*Abre la puerta*)
llorando está su desdicha
quien no tuvo otro delito
que nacer mujer y linda.
Casáronla, mal su grado,
con un hombre que podria
ser su abuelo, que el Montero
tendria vuestra edad misma.

CANTILLANA. ¡Ah!

PINZORRO. ¿Cómo amarle?

CANTILLANA. ¡Oh!

PINZORRO. ¡Imposible!
Queda despues viuda y rica,
y porque está sin amparo,
se atreven á su honra limpia.
Prestar amparo á la honra
es deber de la justicia:
usiría sabe mucho,
y, en fin..... Dios guarde á usiría.
Yo voy á ver si esa gente
se va calmando y se alivia.

ESCENA XI.

CANTILLANA.

Cantillana, ¿y eres tú
el que, terror de la villa,
dicen que el diablo anda en tí?
Razon tiene el que hoy lo diga:
que me ha mordido en el pecho
el demonio de la envidia.....
no, envidia no..... celos sí.
Celos son esta fatiga
que..... pero ¿de quién los tengo?
No sé..... de mi sombra misma.
¡Era el Montero tan viejo!
¡Es la Montera tan niña!
No me amará..... sin embargo,
su honra está comprometida;
Miguel no la ama..... eso es.....

Miguel con la otra tenia.....
Yo voy á volverme loco,
acabemos, ¡voto á Cribas!
¡Isidora.....!

ESCENA XII.

CANTILLANA. ISIDORA.

CANTILLANA. ¡Dios de Dios!
¡Llorando y sola, Isidora!
Por Dios, no lloreis, señora,
mientras yo esté junto á vos.
Que tan mal á ello me avengo
y me impone tanto, tanto,
que me quita vuestro llanto
el poco valor que tengo.
¿Quereis conmigo tratar
de que vuestros males cejen?

ISIDORA. Bástame con que me dejen
los ojos para llorar.

CANTILLANA. ¿Por vuestra honra.....?

ISIDORA. Eso no,
que mi conciencia me escuda:
¿ni quién pone mi honra en duda
viendo que estoy viva yo?

CANTILLANA. Puede que haya en Madrid quien
por este lance fatal.....

ISIDORA. El que de mí juzgue mal,
es que no me ha visto bien.
Mujer que ha nacido casta
tal sospecha no concibe;
y al que de su honra vive,
con su propia honra le basta.

CANTILLANA. Mas el vulgo..... en fin, señora,
ahora es preciso elegir;
y si me quereis oir,
me dais la vida, Isidora.

ISIDORA. No.....

CANTILLANA. Sí, yo hablaré con calma,
y así..... lo mejor que pueda.....

ISIDORA. No, alcalde, no: ya no queda
ni un sentimiento en mi alma.

CANTILLANA. ¿Y cómo vibra en el viento
con su música divina,
la pura voz argentina

que modula vuestro acento?
¿Cómo á través de ese velo
de las lágrimas, ahora
creo entreveer, Isidora,
en cada mirada un cielo?
Eco que hace estremecer
y dentro del pecho vibra,
es la enamorada fibra
del alma de la mujer.
Y yo lo siento y lo escucho
con veneracion, señora:
quien habla así y así llora,
siente mucho, siente mucho.....
Un nombre necesitais,
yo soy viejo..... vos sois bella.....
en fin..... con vara ó sin ella,
si me quereis, me tomais.
Si no..... no os guardo rencor;
mas sabed de cualquier modo,
que yo, concejal y todo,
me estoy muriendo de amor.

ESCENA XIII.

Dichos. MIGUEL.

MIGUEL. Amadle, que es muy leal:
perdon, porque yo la amé.
CANTILLANA. Tú.....
MIGUEL. Con mi alma y con mi fé,
con firmeza sin igual.
ISIDORA. ¿Y Ana?
MIGUEL. Juro por mi nombre
que jamás la amé: y..... señora,
si al jurar un hombre llora,
creed lo que diga ese hombre.
ISIDORA. ¡Ah!
MIGUEL. Pero amándola vos,
luchar el deber me impide;
yo le ruego que me olvide:
adios, padre mio, adios.
CANTILLANA. ¿Y si te amara Isidora?
MIGUEL. Fuera en vano.
CANTILLANA. ¿Fuera en vano?
MIGUEL. Tened lástima á un anciano,
que fué mi padre, señora.

Vuestra honra aquí se jugó:
él la ampara, amadle fiel;
vale un viejo como él
mas que un mozo como yo.
Lejos mi dolor profundo
me llevará.

ISIDORA. (¡Me abandona!)

CANTILLANA. El Montero y mi persona
vinieron juntos al mundo.....
pero tambien es cruel
que..... ¡Vírgen santa, que llora!
no lloreis mas, Isidora:
haz que no llore, Miguel.
(Se echa en sus brazos.)
Yo, para el amor cobarde,
en mi juventud no amé:
pago el pecado, porqué
conocí el amor tan tarde.
Sed felices, voto á brios,
que en ello mi raza gana.

ISIDORA. Bendito seais, Cantillana.

CANTILLANA. Me quiere, ¡qué bueno es Dios!
Salga aquí la gente toda.

ESCENA ULTIMA.

Todos, menos ANA *y* GASPAR.

PINZORRO. ¿Qué ocurre?

CANTILLANA. Que la Montera
se casa.....

ANDRÉS. ¡Ay!

CANTILLANA. Y el que quiera
puede asistir á la boda,
que tendrá lugar mañana;
y derróchese sin tino,
que es muy rumboso padrino
el alcalde Cantillana.

LIBRADA. ¿Que se case le dá espanto? *(A Andrés.)*

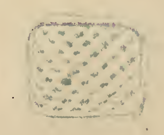
ANDRÉS. No, si no es espanto, es.....

PINZORRO. Creedme á mí, don Andrés,
vos nacísteis para santo.

CANTILLANA. Y cumpliendo el preceto
que el rey me encarga
de bautizar las calles
cortas y largas,

ordeno y mando,
igual que si estuviera
puesto en un bando:
Que esta calle en memoria
de una hermosura
que hizo á un alcalde tierno,
seglar á un cura,
marido á un loco,
y á un Lara, que en lo Lara
pensára poco,
un azulejo grande
tenga en la acera,
titulándola *calle*
de la Montera.
Yo sé de un viejo
que mirará con lágrimas
ese azulejo.
Dá el hombre á amor tributo
tarde ó temprano:
¡ay del que por desdicha
le paga anciano!
La edad de flores
es la edad de la vida
de los amores.
Niñas, las que á esta calle
vengais mañana,
amad, mientras seais niñas,
con vida y alma.
Y el cielo quiera
que halleis dicha en *la calle*
de la Montera.

FIN.



Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice. Madrid 14 de diciembre de 1853.—El censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.